

No permita Dios, oyentes carísimos, tanta desgracia en alguno de vosotros. Ya que la fe que profesáis y de que hacéis especial gloria, os propone tanto bien, tanta dulzura, tantas gracias en el santísimo Sacramento; ya que todos creéis firmísimamente, que contiene real y verdadero á Jesucristo, fuente y autor de todos los bienes, digno de todo nuestro amor; avivád vuestros deseos, rompéd cualesquiera demoras, cortád cualesquiera obstáculos, dejád cualesquiera objetos, que puedan ser impedimento para gozarle; y puesto en él todo vuestro afecto, decidle con el mismo: como el ciervo desea sediento la fuente de aguas, así mi alma os desea, ó Dios y Señor mio, fuente inagotable de dulzuras. Ya no he de buscar mas los charcos corrompidos; ya no apetezco los manjares groseros de Egipto: vayan fuera de mi corazon todos los bienes y gustos terrenos, para que hagan lugar solo á vos, bien infinito y eterno: solo á vos deseo; solo á vos quiero; solo por vos suspiro con toda mi alma, pues que solo vos podéis saciar su apetito, darle cumplido gusto, y hacerlo verdaderamente y para siempre feliz. Conozco y siento con el mas vivo dolor, que me han hecho indigno de vuestra dulce presencia mis vicios, mis culpas, mis afectos terrenos y carnales; conozco bien cuán distante está mi corazon de aquella pureza y santo fervor con que debiera recibiros, bien sumo. Esta consideracion me hace prorumpir en aquella exclamacion del apóstol san Pedro: apartáos de mí, porque soy pecador: *Exi à me, quia homo peccator sum* (1). Me considero indignísimo no solo de recibiros, sino de acercarme á esa sagrada mesa, de esfar en vuestra presencia; y confundido de mí mismo, justamente humillado, apénas me atrevo á levantar los ojos para fijarlos en ese trono de vuestra majestad infinita. Pero es tanta vuestra benignidad y tan grande vuestro amor, que me llamáis, me convidáis, me os ofrecéis para que os reciba en mi pecho. Ansioso deseo recibiros; pero temo mi propia indignidad; hacédme, os ruego, digno de tan inestimable beneficio; limpiád mi corazon, encendéd en él santos y devotos afectos; hacédle digno con los auxilios de vuestra gracia, de la sagrada comunión y de sus copiosos frutos, con los cuales amándoos y sirviéndoos, como debo, en esta vida, logre gozaros en la otra por toda la eternidad. Amen.

(1) *Luc. c. 6. v. 8.*

## DISCURSO

## DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR

JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO POR LA NOCHE.

(DE TRONCOSO.)

*Dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.*  
Jesucristo nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

*Apocal. c. 1. v. 5.*

Pueblo cristiano, ¿qué objeto te congrega esta noche en este sagrado recinto? La palidez de vuestros rostros, la santa tristeza que se deja ver en vuestros semblantes, esos suspiros que lanzan vuestros corazones, interrumpiendo el silencio de esta mansion de dolor; ese aparato lúgubre que adorna las paredes de este templo, esas antorchas fúnebres que iluminan aquel altar... Mas qué miro? un monumento sepulcral. Ah! tristes indicios.

¿Venís por ventura á honrar la memoria de algun caro objeto de vuestro corazon? ¿venís á llorar sobre la tumba de un padre amoroso ó de una madre tierna? ¿Á quién consagraís estos fúnebres obsequios? ¿Es por ventura á algun Jonatas amable sobre el amor de todas las mujeres? ¿es algun Abel inocente, sacrificado al furor de un hermano fratricida? ¿Es un Isaac sencillo y obediente que ha ofrecido su cuello al cuchillo, para hacerse hostia aceptable y holocausto de pacificacion? ¿Es...

Amor! por qué guardas silencio? Responde de tu víctima: tú fuiste el ministro del atentado mayor que presenciaron los siglos; tú fuiste quien armaste la omnipotente diestra para que

nos privase de la mas preciosa vida. Tú, amor, eres el autor de la escena lamentable que hoy registran nuestros ojos. Tú pusiste en armas al pueblo mas ingrato del universo, para que cometiese el mas horrendo sacrilegio que pudo imaginarse. Responde pues, repito, responde de tu víctima; dínos, ¿quién es ese en quien, cual sañuda fiera, te has ensangrentado? Mas, ah! enmudeces? No pronuncies su nombre; ya lo sé. Su túnica rasgada y empapada en su sangre inocente, me dice que él es: no el pequeñuelo Josef, hijo de Jacob, sino el amabilísimo jóven Jesus, el hijo del eterno Padre, el engendrado desde el nacimiento de la aurora en el esplendor de los santos, el objeto de los suspiros de los santos patriarcas y de los votos de los profetas, el deseado de los collados eternos. Esta es, católicos, esta es la víctima del amor. Del amor? Sí, de aquella caridad perpetua con que el Verbo distinguió al mundo desde la eternidad, y que hoy se ha convertido para él en un tirano cruel é inexorable. Ó Jesus adorable! ya entiendo tu lenguaje; ya comprendo lo que querias significar en aquel bautismo que tanto anhelaba tu corazon amante, cuando decias á tus amados discípulos: *baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usquedum perficiatur?* (1) Llegó pues el tiempo, ya se cumplieron tus deseos, esposo de sangre; permíteme pues al ménos que al contemplarte en el lastimoso estado á que te ha conducido el amor hácia los hombres, derrame los afectos de mi corazon al pié de esa cruz adorable, de hoy mas monumento precioso de nuestra libertad: permíteme que convide á los pueblos y naciones del universo á contemplar y admirar la grande obra, el prodigio máximo de vuestro amor sobre la tierra. Venid pues, cristianos, y ved esta obra única é inimitable de un amor nuevo y nunca visto; girád conmigo en torno de Jerusalem y oiréis la voz que sale de sus muros: amor, amor! Esto dicen los mismos peñascos frios é insensibles; esto mismo repiten los aires que hienden en giro de esa ciudad deicida; esto dice... Ah! al Gólgota, al Gólgota, cristianos; allí sobre la cima de ese monte de Dios, monte pingüe de maravillas, allí podremos contemplar de cerca al Hombre-Dios, que muere por los hombres, víctima de su amor y del deseo de su salvacion eterna.

Pero ántes, ó cruz benditísima! lecho y trono de la Sabiduría

(1) *Luc. c. 12. v. 50.*

eterna, tú eres la única á quien puedo en este dia volverme, á fin de buscar aquella ciencia, aquella elocuencia que me es indispensable para pintar el bello cuadro del amor de un Dios, que te eligió cual cátedra eterna en donde aprendiésemos sus invenciones fecundas. Á ti pues recorro con todo mi afecto y mi corazon; alcázname te ruego de aquel, á quien amorosa diste los brazos, los auxilios necesarios para publicar su amor inefable hácia los hombres, en morir por ellos y por su salvacion. Déjate obligar de la ternura y respeto con que todos y yo postrados te decimos: *O crux, ave, spes unica etc.*

Quando os propongo, católicos, la pasion y muerte dolorosísima de nuestro Salvador como la obra grandiosa de su amor inefable hácia el hombre, no hago sino repetir lo que este mismo Señor dijo á sus apóstoles, cuando en la noche que precedió al dia de su sacrificio, congregado con ellos para celebrar la última cena y dar con ella fin á las observancias legales, les dirigió su voz en estos términos: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum ante quam patiar* (1); con grandísimo y eficaz deseo esperaba yo el momento de celebrar con vosotros esta Pascua. Y ¿qué otra cosa (exclama san Lorenzo Justiniano) son estas palabras sino la expresion viva del amor? Lo mismo escribe y con mucha mayor energia el discípulo amado: «Sabiendo (dice) nuestro amantísimo redentor Jesus que se aproximaba ya la hora tan suspirada de morir y de volver al seno de su eterno Padre, no obstante que habia amado mucho á los suyos en el discurso de su vida santísima, los amó mucho mas al fin de sus dias.» (2) Esto es, sumamente, infinitamente, como comenta el Crisóstomo con Teofilacto: *extremo amore et summe dilexit eos*. Y ved cómo empieza á manifestar este amor sumo é inefable, no sufriendo su corazon amante el abandonar á los hombres solos en este valle de lágrimas; viéndose por otra parte en la precision de separarse de ellos con su muerte, agota, por decirlo así, los inefables tesoros de su eterna sabiduría, y su amor, ingenioso siempre y siempre fecundo, halla el secreto de separarse de ellos sin dejarlos, y de existir sobre la tierra volando á la diestra de su Padre. En efecto

(1) *Luc. c. 22. v. 15.* (2) *Joann. c. 13. v. 1.*

sentado el Señor con sus discípulos á la mesa, toma con sus santas y venerables manos el pan, eleva sus ojos hácia el cielo, y dirigiendo su corazón á su Padre celestial, le tributa las mas reverentes gracias, lo bendice, lo parte, lo distribuye á sus discípulos, y les dice: «Tomád y comed; este es mi cuerpo que ha de ser entregado por vosotros; hacéd esto en memoria de mí;» y haciendo lo mismo con el cáliz, se lo distribuyó tambien, diciendo: «Tomád y bebéd; este es mi cáliz, el cáliz de mi sangre, que ha de ser derramada por vosotros y por muchos para la remision de los pecados.» (1) ¡Qué serie de prodigios se encierran en estas breves palabras! Ah! triunfaste, amor, triunfaste: ya está con nosotros Jesucristo y lo estará hasta la consumacion de los siglos: la institucion del sacramento augusto de la eucaristía es el lazo que nos une íntimamente al Señor para no separarnos jamas: obra por cierto digna de ser llamada con san Bernardo el amor de los amores. Ó Redentor amabilísimo! exclamaré aquí con el Justiniano, ¿de dónde ó por qué tanto amor? ¿No te arredran tantas humillaciones como ya prevés en tu fecundísimo entendimiento, ni tan negras ingratitudes de que has de ser horrible víctima, ni abatimientos tan sensibles, ni... nada en fin puede hacerte vacilar un momento? Ah! ¿no ves á los hombres que cual tigres carnívoros te esperan para saciar su saña en tu sacratísima humanidad? y aún los amas? ¿y quieres unirte á ellos, hasta hacer de sus corazones y del tuyo un solo corazón? ¿me excederé, ó divino Jesus, si me atrevo á decir con el mismo santo Padre, que la divina é infinita sabiduría, la sabiduría esencial del Padre se ha convertido en fatuidad en fuerza del amor hácia los hombres? *Vidimus sapientiam, amoris nimietate infatuatam?*

Lo cierto es, católicos, que su corazón rebosa de júbilo en aquel momento, y explicando sus sentimientos por medio de un himno eucarístico, se dirige con sus discípulos hácia el huerto de Getsemaní, para allí en el silencio de la noche tratar con su eterno Padre los intereses de la salud del mundo. Mas, ay de mí! que el gozo de Jesus queda anegado en las corrientes del torrente Cedron, segun expresion de un sabio. Todas las pasiones de su ánimo se arman contra aquel divino corazón; el temor, el tedio, la mas profunda tristeza inundan su alma

(1) *Luc. c. 22. v. 19 et 20.*

benditísima en un mar de amargura. Vedle postrado en la presencia de su eterno Padre. Allí se le representan las ideas mas lúgubres y tristes: su vista espantada no advierte sino objetos horribles: ve las potestades todas del averno armadas contra su persona; los rayos de la divina justicia prestos á ser fulminados sobre su augusta cabeza; ve todos cuantos delitos, maldades y perfidias deben cometerse en el universo; ve que uno de sus apóstoles le ha de entregar, otro le ha de negar, y todos le han de abandonar; oye las villanías, blasfemias y execraciones que se han de vomitar contra él; cuenta una por una las bofetadas, los empellones, los ultrajes que se han de cometer contra su cuerpo adorable; ve prepararse cadenas, azotes, espinas, clavos, cruz; ve... (y hé aquí el mayor tormento de su corazón amante) ve que su muerte ha de ser inútil é infructuosa para muchos; su sangre preciosa hollada; sus ministros hechos el objeto de la burla y el sarcasmo, ultrajados, perseguidos y atrocemente asesinados; sus sacramentos profanados; ve su Iglesia dilacerada, rasgada por el cisma y la herejía, avergonzada con los escándalos, insultada por la impiedad, allí nos ve á nosotros, católicos, y ve nuestras infidelidades y prevaricaciones, nuestros crímenes horrendos; todo lo ve en suma con aquella prevision infinita de que está adornado desde la eternidad. Y á vista de objetos tan horribles, «¿es pues en vano (dijo), ó Padre mio, mi sacrificio? ¿Seréis ultrajado todavía á pesar de tantas humillaciones con que yo te honro? ¿Han de renovarse aún los pecados despues de tantas lágrimas con que yo pretendo lavarlos? ¿Perecerán todavía los hombres despues de rescatarlos con mi preciosa sangre?» En tales pensamientos se recoge, se turba, permanece inmóvil, hiende el aire con sus profundos suspiros; ya llora, ya la angustia de su alma suspende sus lágrimas: no se oyen sino acentos interrumpidos. Por fin, con voz lánguida y moribunda, exclama: «Ó Padre mio! ten piedad de tu hijo. Si es posible, quita, aparta de mí ese cáliz amargo.» *Si possibile est, transeat à me calix iste* (1).

Qué es lo que dices, ó divino Jesus? infelices de nosotros! Si rehusas beber el cáliz de la cólera del Padre, ¿á quién tocará beberlo sino á nosotros? Fuerza será perecer: mas no, católicos; si Jesus desea que se aleje de su presencia, no es porque

(1) *Matth. c. 26. v. 39.*

rehuse el apurarlo hasta las heces; él quiere sí que conozcamos que su humanidad padece crueles y mortales angustias; que sufre como verdadero hombre: *Orat transire calicem*, dice el V. Beda, *ut ostendat quod vere homo erat*. Pero no temamos: su amor generoso y fuerte no le consiente abandonar á los hombres en manos de la divina justicia; la naturaleza, si bien frágil y enferma, cede en fin á su amor. «Vengáos, ó Padre mio, (exclama Jesus) vengáos; castigad sin piedad el pecado en mi persona adorable; aceptad á vuestro Hijo como fiador de vuestra justa cólera.» Con estas palabras la angustia se acrecienta; la vista eclipsada, pálido el semblante, los labios cárdenos, cae en la mas penosa agonía; un sudor copiosísimo de sangre baña su sacratísimo cuerpo y empapa la tierra; pero su oracion no se interrumpe; redobla sus esfuerzos y repite sin cesar: Padre mio, no se haga mi voluntad sino la vuestra: *non sicut ego volo, sed sicut tu* (1). En esto un ángel aparece y le conforta: levántase Jesus, dirige sus pasos hácia sus amados discípulos que duermen profundamente, y *levantáos*, les dice, *¿por qué dormís?* velad y orad para no entrar en tentacion (2).

Mas no bien el Salvador habia pronunciado estas palabras, cuando hé aquí se presenta Júdas á la cabeza de la chusma infernal. Acércase solo á su maestro con temerario atrevimiento, le saluda, pídele un ósculo de falsa paz, señal que habia dado á los conjurados, para distinguirle de los demas y consumir su sacrílega perfidia. Mas, ó clemencia del divino Jesus! á pesar de tamaña perfidia, su lengua no pronuncia sino palabras de suavidad y de clemencia; recibe el ósculo, le da en retorno un tierno abrazo, y con voz benigna, si bien llena de sentimiento, le dice: *amigo, á qué has venido? qué es lo que haces?* Ah Júdas! *asi entregas á tu maestro en manos de sus enemigos con un ósculo de falsa paz?* Y dirigiéndose á los que venian con él, les dijo: *¿quién buscáis?* A Jesus Nazareno, responden. Yo soy, dice con voz enérgica el Salvador; y al oirlo, cual en los dias de Josué al eco de las trompetas cayeron por tierra los muros de la soberbia Jericó, no de otro modo al eco de la voz omnipotente de Jesus, *retroceden aquellos pérfidos ministros, y caen por tierra despavoridos* (3).

Y ¿pensáis, cristianos, que este milagro de su amor y de su

(1) *Ibid.* (2) *Luc. c. 22. v. 46.* (3) *Joann. c. 18. v. 4. 5 et 6.*

poder, ni la benignidad y dulzura con que trata al mas pérfido de los hombres y al mas hipócrita de los nacidos, sea capaz de suavizar aquellas corazones empedernidos? No; ántes por el contrario, no bien hubieron vuelto de aquel movimiento de estupor que les habia causado la respuesta del divino Maestro, cuando cual tigres feroces, cual fieras rabiosas se abalanzan á su cuello, le arrastran, le maltratan, y por último atan sus divinas manos como al mas vil malhechor. Gran Dios! qué es lo que miro? Un Dios atado!... y por quién? Por un poco de polvo; por el hombre, qué es respecto de su Dios cual si no existiese. Las manos omnipotentes que fabricaron la aurora y el sol; aquellas manos que sacaron del caos todo cuanto existe en los cielos y en la tierra; aquellas manos que conmueven las elevadas montañas del Basan y del Carmelo; aquellas manos que desgajan los mas encumbrados cedros del monte Líbano; esas manos divinas están amarradas con cordeles. Gran Dios! yo desfallezco, y solo me resta exclamar con el Justiniano: ¡ó caridad, ó amor, cuán fuertes son tus lazos, pues fueron capaces de aprisionar al mismo Dios! *Oh charitas, quam magnum est vinculum tuum, quo Deus ligari potuit* (1).

De este modo el divino Jesus, rodeado de aquella turba insolente, insultado, zaherido, ya cayendo, ya arrastrando, entre el ruidoso estrépito de las armas, enmedio de los gritos y vocería de la plebe, y precedido del bronco sonido de una trompeta, es conducido por las calles de Jerusalem. Aquí es donde se verificó lo que de él habia vaticinado su Profeta, cuando dijo: *Ego... sum vermis et non homo; opprobrium hominum et abjectio plebis* (2); yo soy un vil gusano, y no un hombre; el oprobio de los hombres y el desprecio de la plebe. Ah! vierais, dice el P. san Agustin, la crueldad ingeniosa de aquel pueblo insano para insultar y saciar su furor contra aquel, á quien debieran mirar como á su rey y libertador. En unas partes tienden sogas en el suelo, y enlazándoselas en los piés tiran y le arrastran con furia infernal. En otras, dice san Buenaventura, le arrojan piedras, lastimando cruelmente su inocente cuerpo. Cuál le empuja hácia adelante; cuál le impele hácia atras; este le mofa, aquel le hiere, y todos forman de él el objeto de su diversion y de su crueldad.

(1) *Justin. De lig. vit. c. 6.* (2) *Psalm. 21. v. 7.*

Llega por fin todo maltratado en presencia del pontífice Anas, el cual se goza extraordinariamente por ver ya entre sus manos una presa que tanto habia deseado. Mirád al Dios de las eternidades en la actitud humilde de un reo, en presencia del soberbio pontífice, el cual lleno de cólera é indignacion le habla en estos términos: *¿ con qué autoridad te has hecho maestro y agregado discípulos á tu compañía? ¿ Donde están estos, y cuál es la doctrina que has enseñado? Yo, dice el Señor lleno de mansedumbre, aunque con santa energía, yo no he enseñado solo á mis discípulos, sino que siempre he hablado en público, en el templo y en la sinagoga; y así preguntád á los que me oyeron, pues ellos darán testimonio de mi doctrina. Ó Religion! ó cristianismo! ó Fe sacrosanta! tú sola merecias este testimonio glorioso de tu divino Autor; tú sola eras acreedora á una apología tan sublime. Vosotras solas, doctrinas católicas, podéis exponeros al testimonio de todos aquellos que las escuchan, seguras siempre de vuestro triunfo. Tú solo, sacerdocio católico, puedes decir á la faz del universo todo: yo no he predicado en sitios solitarios ni á personas determinadas; yo he enseñado en público, en los templos, en las plazas, en las calles, á todos sin distincion de condiciones ni sexos. Yo he hablado un lenguaje capaz de ser comprendido por el mas ignorante; yo he emitido las doctrinas católicas como ellas son en sí mismas: á ellas pues me remito; ellas darán un testimonio irrefragable de su veracidad y de la divina mision de su Autor inefable. Preguntád pues á los que las han escuchado; que es lo mismo que decir, recorréd los mas ocultos rincones del universo, atravesád los mares, pasád á esas regiones poco há sumidas en las tinieblas del error y del politeísmo; preguntád, examinád y veréis; ¿ qué otras sino esas doctrinas han civilizado hordas inmensas de estúpidos salvajes? ¿ quién sino ellas han llevado la ilustracion, la prosperidad, el órden social? Preguntád, y todos os dirán que esta doctrina es una doctrina de paz, de sumision, de amor, de desinterés, de sólida y verdadera felicidad. No temas, sacerdocio católico, ser en tiempo alguno desmentido, porque la historia y esa multitud prodigiosa de monumentos elevados por tu genio creador, están prontos á responder en tu favor y confundir cualquiera suposicion maligna ó falsa en este punto. Dí pues á los que, abrogándose una facultad que nadie pudo darles, te preguntaren acerca de tu creencia y doctrinas; díles*

sí con santa intrepidez: no me preguntéis á mí sobre esta materia, en la que tal vez me juzgaréis parcial; preguntád sí á esos ante quienes he predicado, y ellos os satisfarán: *Ego palam locutus sum... ecce hi sciunt quæ dixerim ego* (1).

Así pues respondió el Señor; y como si esta respuesta hubiera sido una injuria atroz, un insulto personal, una blasfemia horrible, no bien la hubo pronunciado, cuando uno de los mas viles ministros que estaban en derredor de Jesus, con furor horrible levanta su mano sacrílega, y descarga sobre el rostro divino la mas bárbara bofetada, que hace brotar raudales de sangre de aquel semblante celestial, que forma las delicias del empíreo; y con voz airada, con ceño torvo, con atrevida insolencia le dice: así respondes al pontífice? *Sic respondes pontifici?* (2) Gran Dios, vos secasteis la mano del audaz Jeroboan, porque osó levantarla contra el profeta de Judá, y ¿ permitís ahora que una mano sacrílega ensangrienta el rostro de vuestro unigénito Hijo? ¿ Reconoceréis ya en él el espejo sin mancha, el esplendor eterno y figura de vuestra sustancia? *Respice in faciem Christi tui* (3). ¿ Es ese, ante quien mandó tu profeta David que inclinasen sus cabezas y le adorasen los ángeles del cielo? *Adorate eum omnes angeli ejus* (4). Y vosotros, espíritus celestes, ¿ por qué no armasteis vuestras diestras y fulminasteis rayos vengadores contra esa mano desventurada? Elementos! ¿ pudisteis mirar con indiferencia que un hombre vilísimo, un poco de polvo, un... nada, pues tal es en frase de Isaías toda criatura, borrarse y desfigurarse el retrato mas vivo de la gloria del Excelso, el mas bello y agraciado entre los hijos de los hombres? Ah! hombres vengativos y soberbios, venid y admirád el mas bello ejemplo de dulzura y mansedumbre, que solo puede ser enseñado por el que es el autor de la santidad misma: *Si hablé mal, dice Jesus al agresor, manifiéstame en qué; y si no, por qué me hieres?* (5) ¿ Y no es esta la respuesta que ha dado siempre el ministerio sacerdotal, cuando, en recompensa de las protestas mas solemnes de sumision, de deferencia y respeto á la Autoridad, no ha experimentado sino injurias, extrañamientos, cárceles y la misma muerte? ¿ No es esta la respuesta que han dado en todos los siglos los verdade-

(1) *Joann. c. 18. v. 20 et 21.* (2) *Ibid. v. 22.* (3) *Psal. 83. v. 10.*  
 (4) *Psal. 96. v. 7.* (5) *Joann. c. 18. v. 23.*